

# PRISIONERO DE SU DESTINO

Desde el día que llegué a este mundo lleno de desigualdad y pobreza, yo siempre supe que algo dentro de mí me hacía diferente. Algo que muchos amarían, otros odiarían y otros simplemente aceptarían.

Soy Nacho y ésta es mi historia. Todo empezó en mi cumpleaños el 20 de Junio de 2001. Este día los niños ya celebran que el verano está a la vuelta de la esquina y las clases están casi acabadas. Es el día en el que las personas salen ya a los bares y a las terrazas. El día en el que la gente empieza a hacer ejercicio y se te llenan los ojos de la luz que trae el verano. Ese día nací yo Vine a este mundo en una familia humilde, no teníamos mucho dinero pero teníamos algo que nos hacía estar unidos: una granja, la cual construyó mi bisabuelo con sus propias manos para mantener a su familia. La granja se iba traspasando de generación en generación, de mi bisabuelo a mi abuelo, y de mi abuelo a mi padre. Solo me faltaba a mí. Sin embargo hacerme a la idea de estar metido en un granja todos los días de mi vida me causaba temor. Me imaginaba que era uno de esos animales enjaulados teniendo su vida programada. Parece que todos sabían cuál iba a ser mi destino menos yo.

Desde que tengo memoria mi padre siempre me llevó a marcar el ganado, se suponía que él quería que me hiciera un hombre. Él decía que siendo sensible nunca sería un hombre de respeto y que no quería un hijo “poco hombre”.

Después de ir a la granja, llegaba a casa, subía corriendo las escaleras como si hubiera un tesoro y me ponía a escuchar un disco viejo el cual me despejaba y me hacía huir de mi realidad. Me relajaba y me encendía el motor de mis piernas. ¡Bailaba y bailaba hasta no poder más! Eso era con lo que me liberaba toda la tensión, toda la frustración Todo iba fuera de mi cuerpo a la vez que sentía como que mi cuerpo soltaba serotonina, dopamina, y endorfinas, como si estuviera probando una droga la cual me hacía sentir eufórico.

Eso me hace sentir el baile. Nunca se lo dije a nadie porque en la situación en la que estaba me quitarían la música y me mandarían a la granja todas las tardes después de clase.

Pero yo no podía seguir ocultándome más. Era 20 de Junio, mi cumpleaños número 18, cuando cumpliera 18 años heredaría el 50% de la granja, por lo

tanto debería trabajar en ella dejando de bailar y dejando atrás todos mis sueños. Decidí reunirme con mis padres en el salón y por fin tener la fuerza necesaria para decirles que no quería trabajar en la granja. A mí lo que me hacía feliz era bailar.

Mi padre dijo - ¡¡¡BAILAR!!! He oído bien.

Mi madre estaba asombrada.

Entonces les dije: si ¡bailar! Ese es mi sueño, ser bailarín y sí, os estoy pidiendo que me apoyéis y me ayudéis a ingresar en una academia de baile. En ese momento dijo mi padre “también serás maricón, no quiero maricones en esta casa, fuera”. Mi madre llorando y yo marchando le dije a mi padre “te acordarás de mí”

Así comenzó mi camino en busca de mi sueño. Ahí estaba yo con mis insignificantes ahorros, una mochila con cuatro camisetas y un móvil. Lo peor es que nunca había salido de mi pueblo y no sabía ni donde iba a dormir esa noche y mucho menos como iba a ingresar en la anhelada academia de baile. Yo, con valentía dije “nada podrá conmigo” y caminé y caminé, hasta que se hizo de noche y me senté en el banco de un parque para pasar la noche. Cuando me levanté por la mañana había unos chicos haciendo un espectáculo callejero. Yo veía como bailaban y saltaban, como el público los aplaudía. Cuando se fueron, yo les seguí y ví como llegaron a un piso con otras personas. Todos se ganaban la vida en la calle y se juntaban en el piso para reunir el dinero que se necesitaba para pagar el alquiler. Me acerqué a uno de ellos y le dije si podría trabajar con ellos. “Estoy en la calle y se me da bien bailar” dije. Les tuve que dar el dinero de mis ahorros para pagar mi parte del alquiler. Al día siguiente salí con ellos a hacer un espectáculo porque uno de su grupo se había lesionado el tobillo. Cuando estábamos en la plaza me sentía importante. Todos esperaban que sucediera algo mientras los del grupo hacían acrobacias. Yo estaba recogiendo el dinero cuando pensé “y si les demuestro como bailo”. Les mandé que me pusieran una canción, y comencé a bailar. Todos gritaban, y me recompensaban con dinero. Mi espectáculo les volvió locos. Rápidamente había videos míos circulando por las redes. Un señor de traje se dirigió hacia mí y me dio una tarjeta, “Usted tiene talento” me dijo. Me dejó una tarjeta para concursar en un concurso de baile contra otros bailarines. El ganador se llevaría veinte mil euros. Decidí hacer una coreografía

con una compañera del grupo que se llamaba Melodi. Llamé al señor que me dio la tarjeta para conseguir la dirección, la fecha, y la hora. Yo estaba decidido. Llegué al estudio y esperé mi turno ansioso junto con Melodi. Cuando dijeron mi nombre me puse a temblar y comencé a bailar, pero bajo la presión que tenía y los pensamientos de tener que hacerlo bien me caí, no una sino dos veces. Salí llorando y Melodi mientras tanto intentaba consolándome. Yo estaba agotado, sabía que no me llamarían y me fui a la casa. Me pasé esperando a que me llamaran cinco meses pero esa llamada nunca llegó. Un día iba caminando y me encontré a un miembro del jurado que me dijo “creo que tienes mucho talento y me gustaría contratarte para que trabajes para mí”. No sabía que decir. Esa tarde estuve investigando todo sobre esa señora. Era famosa y muy rica. Me presenté en su casa y me explicó que mi vida cambiaría desde ese momento. Ya no tendría que vivir en un piso compartido y trabajar en la calle. Ella tenía un concierto y me puse a bailar de la forma que a mí me gustaba. Así me sentía libre. Todos los ojos estaban centrados en mí. La gente se preguntaba quién era, porque no era conocido. Salí en televisión y rápidamente querían que yo fuera el centro de todos los espectáculos. Todos los empresarios me querían. Así llegué a ser unos de los mejores bailarines varones del momento. Eso sí: sin dinero, sin familia y sin casa. Cuando pasaron los años me llegó una llamada de mi padre y me dijo que sentía en el alma lo que sucedió, y dijo que debería haberme apoyado desde un principio. Fui a la granja y nos pusimos todos a llorar. Ahora todo estaba correcto en mi corazón.